

Evangelina Rodríguez Cuadros: estudio, experiencia e ingenio

MARÍA ROSA ÁLVAREZ SELLERS

Universitat de València

maria.r.alvarez@uv.es

Deslumbrante. Esa es la palabra con la que definiría a Evangelina Rodríguez Cuadros (Puerto de Sagunto, Valencia) cuando la conocí en la Facultad de Filología de la Universitat de València. Impartía “Literatura Española de los Siglos de Oro” en segundo curso, en un espacio tan singular como díscolo: un aula en forma de “ele” donde parte de los alumnos no podían ver al profesor. Había, pues, que madrugar para llegar con tiempo y coger buen sitio, porque en sus clases todo era extraordinario. No bastaba con oír su voz abrumándonos con sus conocimientos: su increíble facilidad para hilvanar datos con anécdotas, su impecable retórica, la pasión que ponía en sus gestos explicándonos una materia que le entusiasmaba, traspasaban los límites de aquella tarima y nos sumergían en ese gran teatro del mundo que fue la época barroca. Ella era tan impresionante que creo que todos queríamos impresionarla, estar a la altura de sus enseñanzas. Por eso, cuando en cuarto curso volvimos a disfrutar de sus clases de teatro barroco y me propuso dirigirme la Memoria de Licenciatura, fui consciente del privilegio que supone encontrar una maestra.

Y no lo fue solo en el plano académico. Evangelina es una persona destinada a no pasar desapercibida, como sucedió durante aquel consejo de departamento en que se informó de que había vacante una cátedra. Ella era entonces la única doctora; aunque no opositó sola, tuvo que medirse con un bravo contrincante. Su nombramiento data de abril de 1986, pero ya había publicado estudios destinados a dar un vuelco a la Filología, desvelando el lado oculto de un dramaturgo del que todo parecía dicho,

pero que poseía una vis cómica inusitada: Calderón de la Barca, del cual, junto a Antonio Tordera, editó *Entremeses, jácaras y mojigangas* (Madrid, Castalia, 1983) y *La escritura como espejo de palacio: “El Toreador” de Calderón* (Kassel, Reichenberger, 1985), además de escribir la monografía *Calderón y la obra corta dramática del siglo XVII* (London, Tamesis Books, 1983). Prueba de que la cultura no conoce fronteras es que el primero de esos libros llegaría a entrar en la casa de un concurso televisivo que se convirtió en fenómeno mundial, *Gran Hermano* (2000), cuyos concursantes tuvieron que escenificar un entremés de Calderón, y para ello exhibieron sin rubor en pantalla la edición de 1983.

Ese afán por recorrer caminos poco transitados, por desenterrar tesoros olvidados, la llevó a realizar otros estudios pioneros que enseguida se hicieron imprescindibles, como los dedicados a la narrativa breve del Siglo de Oro: *Novela corta marginada del siglo XVII español. Formulación y sociología en José Camerino y Andrés de Prado* (Valencia, Universidad de Valencia, 1979), fruto de su tesis doctoral, leída el 29 de septiembre de 1979. Aquella defensa coincidiría con la venida al mundo del director de *Creneida*, en una suerte de confluencia astrológica entre ambos que se repetiría al presidir el tribunal que tuvo a bien doctorarlo el día de la fumata blanca de Benedicto XVI. Junto a sus pesquisas sobre los responsables de las *Novelas amorosas* (1624) y las *Meriendas del ingenio* (1663), sobresalen la antología *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII* (Madrid, Castalia, 1986), sus estudios sobre la escritura de mujeres —tan de moda ahora, pero no siempre fue así—, y la reciente edición de *La dama beata* (1655) de su inseparable “Pepe Camerino” (Madrid, Sial Pigmalión, Colección Prosa Barroca, 2024, en prensa).

De vuelta al teatro, nos descubrió la técnica del actor barroco, intuida pero no revelada, atrapada en esos textos dramáticos sin apenas acotaciones donde las palabras de los personajes y la imaginación del público se erigían en artífices de la ilusión teatral. Como bien sabía Lope, un mal actor podía dar al traste con los mejores versos, y lo cierto es que aunque fuese una profesión denostada, también resultaba primordial, porque la diversión es un motor social incuestionable. De ello dio fe Evangelina en *La técnica del actor español en el Barroco. Hipótesis y documentos* (Madrid, Castalia, 1998), que merecería el Premio Leandro Fernández de Moratín de Estudios Teatrales ese mismo año, concedido por la Asociación de Di-

rectores de Escena (ADE). Este reconocimiento vendría a sellar la unión entre la crítica literaria y la práctica escénica que, curiosamente, tanto se había resistido a la preceptiva barroca, empeñada en defender un teatro clasicista, pero que acabó por rendirse a ese teatro sin reglas aparentes diseñado por Lope de Vega en su *Arte nuevo* (1609), editado por Evangelina en 2011 (Madrid, Castalia). No quedó agotado el tema, y después vendría *El libro vivo que es el teatro. Canon, actor y palabra en el Siglo de Oro* (Madrid, Cátedra, 2012).

Antes de adentrarse en los vericuetos del arte de la representación, ya había desempolvado documentos que dieran a conocer la vida cultural valenciana que tanto fascinó al Fénix de los Ingenios durante ese exilio que derivaría en fructífero aprendizaje. Evangelina sabía trabajar en equipo mucho antes de la llegada de las nuevas tecnologías, y con sus ilustres colegas Josep Lluís Sirera y José Luis Canet editó las *Actas de la Academia de los Nocturnos*, fundada en 1591 por Bernardo Catalá de Vareliola, en cuyo palacio, una vez por semana, se discutía sobre prosa y poesía, pero también sobre ciencia. Entre 1998 y 2000 publicaron las actas de setenta y seis sesiones, reunidas en cinco volúmenes (Valencia, IVEI [Institució Valenciana d'Estudis i Investigació]-Institución Alfonso el Magnánimo).

Sus clases magistrales, sus numerosas e importantes publicaciones, podrían hacer pensar que ocuparían todo su tiempo. Nada más lejos de la realidad. Evangelina se ha dedicado al Barroco, pero posee un preclaro espíritu renacentista que la ha llevado a desdoblarse, a conjugar su actividad académica con una gestión eficaz y comprometida con las instituciones culturales. Fue la primera Vicerrectora del Área de Posgrado de la Universitat de València, y entre 1989 y 1993 desempeñó el cargo de Directora General de Patrimonio de la Generalitat Valenciana. A ella debemos la conservación de la imponente estructura de los altos hornos y la reconstrucción del teatro romano de Sagunto, así como de la cúpula del Museo San Pío V, que nos transporta del día a la noche, con ese azul intenso por fuera y ese cielo estrellado por dentro que cautiva al visitante en cuanto entra; la primera impresión es la que cuenta, después ya contemplará las valiosas pinturas y retablos que alberga este sorprendente museo de bellas artes.

Impulsaría asimismo la difusión del *Misteri d'Elx*, joya de nuestro teatro medieval representada en agosto y en noviembre, y en torno a esta

última fecha organizó seminarios que reunían a prestigiosos investigadores, además de formar parte del Patronato Rector del *Misteri*. A los monumentos y al teatro los acompañaron los libros, pues otro de sus objetivos fue dotar de bibliotecas los lugares más recónditos, hacer de las letras un patrimonio material, porque a Evangelina le gusta cambiar las cosas para bien, y así entiende la gestión. Directa, como es ella. Quizá por eso rechazó ser *Consellera*, para no correr el riesgo de encerrarse en una torre de marfil.

Nunca descuidó, sin embargo, a sus discípulos, perdidos en las bibliografías de nuestras tesis doctorales. Sobrecogía recoger sus correcciones en aquellos despachos de cargos tan relevantes. Cuando por fin me decidí a escribir el primer capítulo de mi tesis sobre la tragedia del Siglo de Oro, intenté ser lo más sesuda posible, tratando de no dar opiniones personales, de ocultar mi entusiasmo por el tema. Era Navidad. Me lo devolvió con una botella de vino de Sagunto y unas palabras que me hicieron enderezar el rumbo: “la verdadera tesis está en tus notas a pie de página”. Comprendí entonces que la pasión por lo que estudias no está reñida con el rigor de la investigación. Y encontré el camino de baldosas amarillas.

Tuve la suerte de recorrer muchos tramos con ella. Coincidimos en Bolonia. Yo como becaria, ella como profesora de un curso en la Università. ¡Qué frío hacía! Un día gris cogimos un tren a Parma, y aunque no pudimos ver el Teatro Farnese, nos topamos con un artilugio digno del mismo: el más curioso de los buzones, situado casi a ras de suelo, y solo para unos usuarios concretos. No reuníamos los requisitos, pero no había otro en los alrededores. Entonces los recuerdos viajaban en forma de postal, y Evangelina siempre tenía unas líneas para sus seres queridos. Temiendo ser grabadas y muertas de risa, nos atrevimos a echar allí nuestras postales; aún seguimos sin comprender el sentido de tan extraña ranura. Memorable fue también aquel Congreso en Lisboa en 2015, donde vivimos algún que otro episodio digno de un entremés. Y ese largo viaje en tren hacia Logroño en octubre de 2023, en el que no dejamos de hablar durante horas...

Evangelina Rodríguez Cuadros ha pronunciado conferencias plenas, publicado estudios de referencia, impartido clases extraordinarias, dirigido tanto tesis como gabinetes académicos y culturales sin ceder a la tentación de subirse a las alturas, de mirar desde arriba, de alejarse de lo

que realmente importa. Es tan brillante como afectuosa; quizá por eso me dijo un día que tan importante como hacer una buena edición de Calderón es saber hacer un buen puchero. Porque también sabe cocinar, y siempre ha cuidado de los suyos con esmero. Tuvo la paciencia de reunir las cartas que su padre le escribió a su madre durante la guerra y regalárselas a sus hermanas en Navidad. Su edición más emotiva, aunque no figure en su magnífico y dilatado *curriculum*. Como tampoco la ilusión con la que un año se disfrazó de Rey Mago en la cabalgata de su pueblo a petición del Ayuntamiento, que la convirtió en una de sus ilustres majestades. Más tarde volvería a honrarla concediéndole el Premio Memoria Industrial y Movimiento Obrero Gonzalo Montiel (2022) por su defensa de la memoria democrática, industrial y obrera del Puerto de Sagunto, y en 2023 le ha otorgado la Medalla de Plata de Sagunto, al tiempo que Onda Cero la distinguía con el premio Arte y Cultura.

Se ha adentrado también en el campo de las humanidades digitales, dirigiendo el portal que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes consagró a Calderón (2000), y la sección *Ars Theatrica* de Teatro Clásico Español, incluida en el servidor *Parnaseo*. Allí se encuentra también otro de sus magnos proyectos: el *Diccionario crítico e histórico de la práctica escénica en el teatro del Siglo de Oro (DPESO)* (2009-2017), cuyo germen surgió en la tesis que me dirigió, donde comenzamos a reunir ese léxico especializado que había que ir capturando al vuelo en tratados, textos dramáticos y cualquier documento que ofreciera pistas sobre el entramado teatral. Aquel viaje hacia un conocimiento agazapado en los recodos del camino llegó a buen puerto con el timón firme de Evangelina, liderando un equipo decidido a rastrear las huellas del pasado y a desvelar en toda su plenitud las dimensiones semánticas de aquellas voces que conformaron la técnica del actor barroco y esa caja de Pandora que fue el teatro del Siglo de Oro, donde todo era posible con un pensamiento ligero que siguiera a la comedia “doquiera que fuese / sin perderme ni cansarse”, como diría Cervantes en *El rufián dichoso* cuando reconoció el acierto de Lope de Vega en los escenarios. Ha resultado ser mucho más que un diccionario al uso, tal y como Evangelina explica en su última monografía, *Las palabras y las cosas en el corral de comedias* (Valencia, Universitat de València, 2023), que constituye además un homenaje, por parte de la Universitat de València, a su excepcional singladura. Ya en 2008 la había distinguido

encargándole pronunciar la lección magistral durante el solemne acto de apertura de curso; el tema elegido fue “Los estudios literarios en la Universitat de València o la literatura como paradoja”.

Honesto estudio, larga experiencia e ingenio —“coisas que juntas se acham raramente”—, los tres pilares sobre los que asentó Luís de Camões en *Os Lusíadas* (1572; canto X, estrofa 154) una vida plena, podrían definir también la trayectoria de nuestra maestra, una mujer que siempre ha ido por delante de su tiempo, que estudió con ahínco, que demostró con creces su valía, y cuya inteligencia prodigiosa la condujo al púlpito universitario y le granjeó puestos destacados en la administración, donde demostró su voluntad de servicio, su anhelo de superación.

Con todo, tras una carrera tan sólida como incuestionable, deslumbrante en todos los ámbitos, el lema de Evangelina Rodríguez Cuadros es “Aún aprendo”, forjado con la humildad de quien cree no saberlo todo, con el talento de quien se niega a perder la curiosidad por lo que está por venir, con el talante de quien saborea los momentos como un aprendizaje diario. Nosotros, tus discípulos de entonces, ya no somos los mismos, pero continuamos aprendiendo de ti, de tu ejemplo. Nos enseñaste bien. Nos enseñaste mucho. Gracias.